



en ella el medio más eficaz de destruir ó asegurar la Constitución. Después de largos y porfiados debates secretos, fueron elegidos el 21 de Enero, por este orden: el duque del Infantado, teniente general; D. Joaquin Mosquera y Figueroa, consejero de Indias; D. Juan María Villavicencio, teniente general de marina; D. Ignacio Rodríguez de Ribas, del consejo de S. M., y el teniente general conde del Abisbal: tres militares y dos magistrados, número mayor que en la regencia cesante por haberse conocido que era reducido el de tres para tantas atenciones, mucho más si alguno se desmembraba, como había sucedido con Blake.

Dióseles un reglamento en armonía con la Constitución, obra del diputado Vega, que había estudiado con atención el régimen de las secretarías del despacho en Inglaterra. Componíase de sólo tres capítulos, que trataban: 1.º De las obligaciones y facultades de la regencia; las mismas que se señalaban al rey en la Constitución, salvo algunas restricciones; el 2.º Del modo con que la regencia debía acordar sus providencias con el Consejo de Estado y secretario del despacho, y de la junta que habían de formar éstos entre sí; medida la última que halló alguna oposición recordando que por su medio se había convertido Florida Blanca en

ministro supremo; y 3.º De la responsabilidad de la regencia y de la de los secretarios del despacho. En la presidencia debían turnar todos por el orden nombrados, desempeñándola cada uno seis meses.

La administración de la anterior regencia se distinguió por su patriotismo más que por su pericia en el manejo de los negocios; si bien es cierto que ante unas Cortes tan celosas de su autoridad y sobreexcitadas del deseo de reformarlo todo, queda siempre al poder ejecutivo poca libertad de iniciativa y aún de acción. Descalabros fatales habían menguado nuestros ejércitos: en Cataluña y en Valencia, antes libres, se ostentaba ahora triunfante el enemigo; y en las demás provincias apenas reparaba las desgracias en aquéllas ocurridas la provechosa infatigable movilidad de los guerrilleros. Sin embargo, el espíritu público, en vez de abatido, se manifestaba confiado porque vislumbrábase ya el porvenir de una paz gloriosa. Un secreto presentimiento decía á todos lo que la historia enseña há muchos siglos: que el poder de un hombre, por colosal que sea, se deshace al fin bajo el peso de una nación compacta. Napoleon había dejado de ser la Francia, y España ya no era la nación de Carlos IV y de Godoy.

Wellington reconquista á Badajoz: victoria de Salamanca ó los Arapiles: José se retira de Madrid y entran los aliados: júrase la constitucion: renuncia el regente Odonnell, y le sucede Villamil.—Wellington sale de Madrid á Castilla la Vieja: se le incorpora el ejército de Castaños: Vuelve José á Madrid: sucesos de Cataluña.—Hechos de los guerrilleros.—Proposiciones de Napoleon á Inglaterra: guerra entre Francia y Rusia: Napoleon vencido en el Norte.

CAPITULO XXXVI

Wellington reconquista á Badajoz: victoria de Salamanca ó los Arapiles: José se retira de Madrid y entran los aliados: júrase la constitucion: renuncia el regente Odonnell, y le sucede Villamil.—Wellington sale de Madrid á Castilla la Vieja: se le incorpora el ejército de Castaños: Vuelve José á Madrid: sucesos de Cataluña.—Hechos de los guerrilleros.—Proposiciones de Napoleon á Inglaterra: guerra entre Francia y Rusia: Napoleon vencido en el Norte.

Prosiguiendo Wellington con lento pero seguro paso, después de tomar á Ciudad Rodrigo se dirigió á Badajoz. La acometió el 16 de Mayo; el 25 la cañoneó desde su primera paralela con veintiocho piezas; aquella misma noche tomó por asalto el puente de la Picuriña, y en seguida levantó segunda paralela á ciento treinta toesas de la plaza. Abiertas las brechas, apresuró el asalto la noticia de la salida de Soult hácia Extremadura. Los ingleses las acometieron con brío, y se sostuvieron en ellos prodigando su sangre contra los desesperados esfuerzos de los defensores, quienes cedieron al fin ante esa imperturbabilidad vigorosa y serena que caracteriza á sus rivales, quedando la guarnición mermada en ochocientos hombres, prisionera de guerra. Costó á los vencedores este laurel cuatro mil novecientos; pérdida enorme debida al imprudente arrojo con que atacaron las brechas. Deslustraron la victoria con el vandalismo que desplegaron contra los infelices moradores tratándolos como enemigos, á pesar de las exhortaciones de sus jefes, sin exceptuar su mismo general. Fué preciso lle-

var tropas de fuera para poner coto á la soldadesca. Eso no impidió que las Cortes, reconociendo en medio de los excesos el mérito de la conquista, diesen gracias al ejército auxiliar condecorando á Wellington con la cruz de San Fernando.

Soult no pudo pasar á Villafranca de los Barros. Sabiendo allí la rendición y que Villemur había aprovechado su ausencia para amenazar á Sevilla, se apresuró á retroceder.

Marmont pudo llegar más oportunamente en socorro de Badajoz; pero estando con él en honda rivalidad, prefirió dirigirse contra Ciudad-Rodrigo ó Almeida al frente de veinte mil hombres. No más afortunado, fué rechazado en ambas, viéndose en la necesidad de replegarse á Salamanca.

Wellington, vuelto Soult á Andalucía, acantonó su ejército entre el Agueda y el Coa, y mandó á Hil á destruir los pasos del Tajo para impedir las comunicaciones del enemigo con Castilla. Los franceses habían sustituido al puente de Almaraz uno de barcas protegido por dos fuertes levantados en ambas orillas. Bastó



que uno de ellos fuese tomado al asalto al despuntar el alba del 19 de Mayo, para que los guardadores del otro lo abandonasen dejando á los ingleses dueños de aquel importante paso. Los fuertes fueron arrasados, y destruido completamente el por fuego el puente de barcas.

Atemorizado Soult con este hecho cuya trascendencia conoció, y con las incesantes acometidas de Ballesteros, trató de asegurar la línea del Guadalete fortificando á Bornos. Allí mismo, sin embargo, fué á atacarle el español, y hubiera sido feliz el éxito sin la flaqueza que demostró la caballería á pesar de los ejemplos de valor y firmeza que para lección les ofrecieron el príncipe de Anglona y Cevallos Escalera, muerto allí valerosamente defendiendo un cañon que habia recobrado. Fué la division derrotada, perdiendo entre muertos y extraviados mil quinientos hombres.

Entretanto Wellington, decidido á avanzar á Castilla, levantó sus reales de Fuente-Guinaldo el 13 de Junio en tres columnas: la del centro, bajo las órdenes del general en jefe, se dirigió por San Muñoz; la de la derecha, mandada por Graham, tomó el camino de Tamames; y la de la izquierda, reforzada con la brigada de Carlos de España, el de Sancti-Spiritus, regida por Picton. Su aproximacion á Salamanca bastó para que la evacuase el enemigo, dejando sólo en ella alguna fuerza escogida con encargo de defender los tres puntos que habian fortalecido sobre el paso del Tormes. Pero lo atravesaron por los vados del Canto y San Martín (día 17), y penetrado en la ciudad, albrozada con la presencia de sus libertadores, los fuertes fueron luego sitiados y sometidos sucesivamente así que los aliados recibieron de Almeida los pertrechos necesarios: el de San Cayetano ocupado por la brecha; el de la Merced por escalada, y el de San Vicente por capitulacion. Marmont, que acudió á socorrerlos, despues de pasar tres dias en presencia de los aliados, sin empeñar más que una ligera escaramuza, se retiró en la noche de 27 hácia Toro y Tordesillas llevando á fuego y sangre los pueblos del tránsito. Los que no osaron atacar al enemigo armado tuvieron valor para asesinar y maltratar á los inermes y pacíficos moradores.

Persiguiólos Wellington, y tras varios movimientos estratégicos en que ambos generales hicieron prueba de su capacidad, vinieron á encontrarse sobre el pueblo de los Arapiles cerca de Salamanca. Contaba cada uno sobre cuarenta y siete mil hombres de fuerza; pero un descuido habia permitido al francés ocupar una posicion importante, y ya habia el inglés emprendido un movimiento de retirada, cuando advirtió que su contrario, queriendo estrecharlo, prolongaba demasiado su izquierda. Notarlo, cambiar de direccion y acometer al enemigo fué obra de breves instantes. De todas partes fueron desalojados los franceses á la primera embestida, ménos del Arapil grande, cuya ocupacion costó mucha sangre. Retiráronse en orden, mas estenuados, pues además de los muertos que quedaron en el campo, con dos águilas, seis banderas y once cañones, perdieron siete mil prisioneros: entre los muertos estaban tres generales, y entre los heridos el general en jefe Marmont y su segundo Bonnet, poco antes incorporado con mil jinetes viniendo de Astúrias. Los vencedores compraron tambien á mucha costa sus laureles. Las Córtes, reconocidas, concedieron á Wellington la orden del Toison de Oro; el Parlamento inglés le hizo otras mercedes, y hasta la condesa de Chinchon, princesa de la Paz, le regaló el collar de aquella orden, que habia pertenecido á su padre el infante D. Luis de Borbon.

Persiguió el vencedor á los franceses hasta Valladolid (día 30 de Julio), donde, juzgándolos bastante destrozados para algun tiempo, prefirió dirigirse al encuentro de José, que habia salido de Madrid el 21 al frente de diez mil infantes y dos mil caballos á proteger á los suyos. Sabiendo en el camino la derrota, torció á Segovia, y luego noticioso de que Wellington se dirigia contra él, retrocedió presuroso á la capital á preparar su evacuacion. Llegado á ella el 11 de Agosto, á la mañana siguiente ya no quedaban en Madrid más que los enfermos y heridos custodiados por dos mil hombres, y aquellos de sus partidarios que no pudieron seguir al intruso allende el Tajo. Grande fué la consternacion de éstos y el alborozo de los patriotas madrileños al ver en-



trar por sus puertas á los aliados. A los primeros procuraron inspirarles confianza por medio de un bando el general Alava. Los segundos agasajaron á sus amigos cuanto lo permitia la suma estrechez que en esta parte de Castilla se sentia, llenos de confianza en que los usurpadores no volverian á pisar sus calles. En los dias siguientes se publicó y juró con toda solemnidad la Constitucion, siendo acogida con generales demostraciones de satisfaccion y esperanza. Atacados entretanto los dos mil hombres que guarnecian el Retiro, se rindieron tras una breve resistencia, poniendo en manos del vencedor ciento ochenta y nueve cañones y otros pertrechos.

Los fugitivos no se detuvieron en las orillas del Tajo, sino que, recogiendo todos los destacamentos del tránsito, cual si no pensasen volver á aquellas tierras, prosiguieron en direccion de Valencia. En el camino padecieron muchas privaciones, en especial de agua, por haber llegado el odio á la dominacion extranjera á los mismos pueblos que destruyesen las fuentes y cegar los pozos.

Produjo la presentacion de los aliados en Madrid otro resultado no ménos importante; la evacuacion de todas las Andalucías por el enemigo. Principió el 25 de Agosto levantando el memorable sitio de la isla Gaditana despues de dos años y medio. Al verse libres sus inclitos habitantes de tan largo cautiverio, se entregaron á los mayores trasportes de alegría; las Córtes suspendieron sus tareas para disfrutar de la comun alegría; y todos creyeron llegado el término venturoso de aquella terrible guerra. Emprendieron tambien la retirada las tropas que guardaban la línea del Guadalete y la serranía de Ronda, y consiguientemente fué Sevilla evacuada en la noche del 27, no tan aprisa que no fuese alcanzada su retaguardia por Cruz Mourgeon en Triana. Llegaron los aliados, y se empeñó un récio combate en la cabeza del puente con algunos que habian quedado custodiando la ciudad, cuyo resultado apresuró la evacuacion definitiva.

Extremadura fué tambien despejada por Drouet, yendo á juntarse con Soult en Granada; de manera que de cuantos hechos de ar-

mas habian sucedido en esta guerra ninguno de mayor trascendencia que la batalla de Arapiles: Marmont huia hácia Búrgos; José habia abandonado la capital; Soult levantado el sitio de Cádiz, y las Castillas, Extremadura y las Andalucías, asiento hasta aquí de la dominacion extranjera, respiraban libres de una opresion hartamente dura para no ser celebrada.

Llegados á Andalucía, la direccion que tomaron todos los cuerpos en retirada fué la de Valencia, donde el aspecto de las cosas no se presentaba tan siniestro para ellos. Odonnell habia, sí, intentado agravar allí su conflicto cayendo sobre una parte del ejército de Suchet que estaba por Alcoy, Ibi y Castellá á las órdenes de Harispe y de Delort. Verificóse el choque en el último punto la mañana del 21 de Julio: el coronel Mesclop y Delort fueron al principio desalojados; pero habiéndose entregado los vencedores á una confianza indiscreta, la caballería enemiga, saliendo de unos olivares repentinamente, los desbarató y acuchilló á su placer. Sin detenerse, marcharon los franceses á Ibi, atacaron á Roche y lo precisaron á retirarse, si bien con bastante orden.

Más que por los muertos fueron deplorables estos choques por el número de los prisioneros, que se elevó á tres mil, y por venir á enturbiar la general alegría de la victoria de Salamanca. La opinion, enojada, se alzó contra el general en jefe acusándole de impericia y cobardía, y las Córtes, despues de algunos debates muy reñidos, mandaron á la regencia que hiciese formar sumaria sobre la desgracia de Castellá, empezando por examinar la conducta del general en jefe. Lo justo de la providencia encubria la intrusion del poder legislativo en las atribuciones administrativas; pero aun así, quedó sin resultado, como de ordinario en España, la averiguacion empezada.

Tuvo, no obstante, otras consecuencias inmediatas. El hermano del general ofendido don Enrique Odonnell, conde del Abisbal, dándose por ofendido de algunas expresiones vertidas en el calor de la discusion, presentó á las Córtes una exposicion poco meditada haciendo dejacion del cargo de regente que desempeñaba. Aceptáronsele á su pesar; y para reemplazarle



nombraron á don Juan Perez Villamil, el origen de aquel famoso parte del alcalde de Móstoles que en 1808 sublevó á Extremadura y Andalucía. Era jurisconsulto entendido, apasionado á las bellas letras, y se le creyó por algunos amigos de las reformas, contra las cuales se manifestó luego de modo muy señalado. Uno de los cargos que con razon se hacian al Odonnell de Valencia era el no haber aguardado la llegada de una expedición anglosiciliana, pronta á dar la vela de Palermo. Llegó poco despues de la rota de Castallá, el 9 de Agosto, á Alicante con seis mil hombres á las órdenes del teniente general inglés Maitland y la division de Wittingham de cuatro mil quinientos, que recogió en Mallorca. Suchet sobrecogido, se replegó sobre Játiva; pero observando luego que los aliados, en vez de avanzar, se recogian á la plaza, atendió más á facilitar la llegada de los dos cuerpos de José y Soult, que le darian gran superioridad sobre sus contrarios. El primero entró en Valencia á fines del mismo mes de Agosto; el segundo poco tiempo despues; con lo cual las vastas operaciones de los aliados se redujeron á várias escursiones de escasa trascendencia por la Mancha.

Mientras esto pasaba en el Mediodía, Wellington, habiendo salido de Madrid el primero de Setiembre con direccion á Arévalo, punto señalado para la reunion de sus fuerzas, habia hecho que los franceses, vueltos á apoderarse de Valladolid, lo evacuasen volviendo sobre Búrgos, del cual pasaron. Siguió su alcance el inglés, y antes de llegar á la última ciudad se le incorporó Castaños con su ejército de diez y seis mil hombres, que le ayudaron á sitiar el empinado castillo, á cuyos piés, orillas del Arlanza, está aquella tendida.

Fortaleza robusta en lo antiguo, habia perdido mucho de su solidez é importancia antes de que la reparasen los franceses interesados en su mantenimiento por las eventualidades de una retirada y como un puesto avanzado del territorio allá del Ebro, que juzgaban ya como parte de la Francia. Dos líneas de reducidos al rededor del cerro la protegian, y en la única altura que ella no dominaba, la de San

Miguel, poco separada, habian construido un buen hornabeque.

Por aquí empezaron los aliados el ataque, apoderándose del punto en la noche del 19 al 20 de Setiembre á costa de mucha sangre. Costóles mucho tambien el enseñorearse del recinto exterior, lográndolo únicamente por medio de minas el 4 de Octubre. Desde allí cañonearon el recinto interior, y el 18 de Octubre, juzgando practicable la brecha, la asaltaron. Habiendo sido rechazados, y escaseándose ya las municiones gruesas, y entrando en aguas el tiempo y viéndose amenazados por los movimientos del enemigo, determinó Wellington desistir de la empresa, como lo ejecutó en la mañana del 22 sin haber conseguido siquiera volar el hornabeque de San Miguel. Debiera haber calculado mejor sus fuerzas y contado con una resistencia proporcionada al interés que los franceses tenian en su conservacion.

José, llegado á Valencia, llamó á consejo á los mariscales Soult, Jourdan y Suchet, y de la conferencia resultó el volver sobre el enemigo inmediatamente. Hill, que guardaba el paso del Tajo, entre Aranjuez y Toledo, no pudiendo contrarestar su número, se retiró á Madrid, y sin detenerse más que á recoger los almacenes de los franceses y destruir las obras del Retiro volando (pérdida lastimosa, tal vez no necesaria) la afamada fábrica de porcelana china, tomó el camino de Guadarrama para dirigirse á Alba de Tormes y unirse al grueso de su ejército, que operaba por Castilla la Vieja. Tampoco se detuvo José en Madrid; pero no se dirigió sino contra Wellington, á quien estrechaban ya los ejércitos de Portugal y el Norte. La retirada de los aliados no tuvo descanso hasta Portugal, adonde llegaron á mediados de Noviembre. Bien es cierto que en las fuerzas habia considerable desigualdad, pues tenian ellos sólo setenta y un mil hombres, y los franceses noventa y dos mil. Situáronse aquéllos entre Lamego y las sierras de Baños, tomando cuarteles de invierno, excepto los cuerpos que se les habian allegado en el tránsito: las tropas de Galicia se volvieron por el interior de Portugal á su distrito y á sus anteriores acantonamientos; Portier se restituyó á Astúrias, y las de Extrema-



dura á Cáceres y su comarca. Los franceses, viendo así diseminados á sus contrarios, tambien tomaron varios rumbos; unos por Castilla la Vieja, otros por la Nueva. José pisó de nuevo como señor las calles de Madrid el 3 de Diciembre.

En esta larga retirada no acaeció otro hecho que de mencion sea digno más que la defensa del castillo de Alba de Tormes por su gobernador el bizarro Miranda Cabezon, que lo evacuó diestramente cuando ya no pudo defenderlo.

Tal fué el resultado de esta vasta campaña, á cuyo éxito cooperaron los guerrilleros y demas comandantes con su ordinaria actividad y osadía en casi todas las provincias.

Los catalanes siguieron peleando con su belicoso ardor, y por lo general con fortuna. Lacy en Villaseca, Sarsfield en San Feliú de Codinas, y Eroles en Altafulla escarmentaron á varios generales en Enero. El segundo penetró en seguida en Francia, impuso una contribucion á varios pueblos y regresó con un considerable número de cabezas de ganado. Eroles, que se habia acercado á proteger la escursion, revolvió de repente sobre Aragon y sostuvo con Bourke un reñido y largo ataque en Roda, quedando derrotado y con cerca de mil hombres de pérdida el enemigo, que corrió á refugiarse en Barbastro. Rimbau, Milans, Rovira, el sagaz Manso, Fábregas y otros contribuian por diversas partes al fin comun, siendo auxiliados en las empresas de la costa por el comodoro inglés Codrington, que incendió varios buques en el puerto de Tarragona.

En medio de estos sucesos quiso Napoleon ensayar su antiguo proyecto de incorporacion de las provincias españolas limítrofes al imperio empezando por Cataluña. La dividió por decreto de 26 de Enero en cuatro departamentos: 1.º del Ter; 2.º de Monserrat; 3.º de las Bocas del Ebro; y 4.º del Segre, cuyas capitales eran Gerona, Barcelona, Lérida y Puigcerdá. Nombró al mismo tiempo sus prefectos y otros empleados como si estuviese en plena y tranquila posesion del país, cuando sus mismos generales le decian que, á lo ménos por años, ejércitos y bayonetas, que no prefectos, debian enviárseles. Con esto y con poner el mando

supremo de todo el principado al cargo de Suchet, que era á la sazón su mejor esperanza respecto á España, creia haber subyugado ya la altiva Cataluña.

En Valencia, recuperados los ánimos de la fatal desgracia de su rendicion, se buscaron con afán los medios de prevenir sus consecuencias: los restos del ejército, en número de diez y ocho mil hombres, se rehacian en Murcia bajo las órdenes de Odonnell, y el país entretanto formaba partidas como en las demas provincias. La del Fraile, acaudillada por el franciscano descalzo Nebot, fué una de las que primero inquietaron á los franceses á las puertas mismas de Valencia.

El Empecinado tuvo en Febrero un fatal encuentro en Rebollar de Sigüenza, del cual no se salvó sino echándose á rodar por un derrumbadero. Debiólo á la traicion de su segundo Albuin, llamado el Manco, que tomó partido por los contrarios, levantando en su defensa una partida de *contra-empecinados*. En Mayo entró por sorpresa en Cuenca, obligando á los enemigos á encerrarse en varios edificios, hasta que se retiró á Cifuentes.

Duran tomó á Soria en Marzo, y dos meses despues entró en Tudela á pesar de su numerosa guarnicion y de estar notablemente fortificada.

El 16 de Febrero, en Catarna, Ballesteros destruyó al general Marransin.

El intrépido Morillo abandona en Enero su distrito, y avanzando por la Mancha, llega á Almagro, entra en Ciudad Real y vuelve á Extremadura despues de haber atemorizado y molestado al enemigo.

El sitio de Ciudad-Rodrigo obligó á Marmont á ordenar al ejército de Astúrias que se retirase á Castilla. Volvió luego Bonet en busca de carne para alimentar sus tropas por la grande escasez que se sentia en aquella provincia; pero no habia pasado un mes cuando de nuevo la evacuaba (en Junio) por la parte de Santander, para no tropezar con las tropas inglesas que avanzaban por Salamanca.

La actividad de los partidarios en aquella provincia y las Vascongadas alcanzaban tambien sucesos inesperados. Renovales, así que